

Una pizca de nihilismo

Aseguraba Chesterton que cuando el hombre deja de creer en Dios empieza a creer en cualquier cosa. No debe de faltarle razón, lo que no obsta para que el no creyente pueda sustentar su vida en axiomas morales que, irremediabilmente, tendrán plena sintonía con la mayoría de los que predica el cristianismo, principios de sentido común y de derecho natural que para unos se justificarán en lo trascendente y para otros en la necesidad de convivir en un mundo finito. Una moral religiosa y una ética de la vida cotidiana, muy probablemente, puedan coexistir sin sobresaltos.

Caso distinto es que no se crea en Dios, pero tampoco se crea en la vida en sociedad, en la que se incardina el devenir vital de todo individuo, salvo el de aquél que tenga vocación de eremita, caso que me malicio poco abundante. Vivir y crecer en sociedad no es sino el ejercicio de adaptarse a un conjunto de relaciones interpersonales del que todos, en teoría, han de salir beneficiados. Ello exige desprendimientos, pero procura no pocas satisfacciones. La organización de las personas en familias, grupos, municipios, estados, debería ser el método de superación de la barbarie, aunque prevenía Voltaire que la civilización no es que la elimine, sino que la perfecciona. Lo contrario a estas alternativas lleva, en mi opinión, a la sola contemplación del yo, al hiperindividualismo en absoluto comprometido. Es decir, a una visión nihilista de la existencia en la que nada importa, nada tiene por qué ser impuesto, nada tiene por qué ser respetado; sólo la voluntad del individuo es la que cuenta y el fin siempre justifica los medios: Marañón hablaba de crisis del deber e hipertrofia del derecho; también decía que el mal más profundo de España es la falta de conciencia pública. Benavente, que la conciencia suele estar cortada a medida. Galdós, por su parte, refiriéndose a determinados pillastres de una de sus novelas, los describe no como Humanidad, sino como croquis de esta, y dice que *cansados de jugar a los toros, jugamos a la guerra civil*. Bien podría aplicarse esta descripción a personajes nada novelescos.

Hogaño, los ejemplos del nihilismo social más exacerbado los encontramos a diario. La televisión es un muestrario de conductas en las que el todo vale aparece plenamente justificado: la exhibición impúdica de vidas de personajes a los que mueve el afán crematístico, la creación, a través de infumables seriales, de estereotipos juveniles abracadabrantés, parecen proclamar un *no problem, be happy*, que cala profundo. Si salimos a los estadios, los espectáculos alarman. Si se toman la molestia de pasear por los institutos, podrán comprobar cómo no pocos alumnos están abonados al *¡viva yo!*

Me parece que buena parte de la culpa de estas actitudes proviene de falsos enfoques de la cuestión de la libertad. Complejos y ansias atrasadas, probablemente llevaran a las derechas y a las izquierdas a dejar aparcados conceptos como el de autoridad, torpemente confundido con el de opresión, o el de respeto, preterido por el compadreo, al que se le insuflaron ínfulas igualitarias. Quien tiene por costumbre saltarse las normas a diario, quien insulta al agente de la autoridad, quien ningunea al profesor, quien tiene como lema el gongorino *ande yo caliente* sin ceder ni un ápice a la sociedad, puede que sea víctima del mal del nihilismo de andar por casa, que está convirtiéndose en crónico y, por añadidura, verdugo de sí mismo, por cuanto su comportamiento socava los cimientos de la convivencia; cuando esta se derrumba, afecta a todos, incluyendo a los malencarados. Muchos de estos, si se conociesen a sí mismos, dejarían de saludarse, como proclamaba Gómez de la Serna en una de sus agudas greguerías.